

La Huella del Fantasma

Durante el día, doña Elvira quedaba sola en la casa. Nadie imaginara su febril inquietud y su recelo angustioso, en aquellas horas de forzoso aislamiento. Mientras su hijo permanecía a su lado ella era feliz y ninguna zozobra turbaba su corazón. Pero en cuanto Ricardo marchaba al despacho, imaginaba doña Elvira que en aquellas habitaciones angostas que habitaba, todo cobraba, momentáneamente, un aspecto amedrantador. Las puertas crujían, entonces, de un modo especial... los retratos de los abuelos que figuraban en la sala parecían acecharla con obstinada fijeza; y hasta cuando andaba, sus pasos producían en las paredes un eco extraño...

Apresurábase a abrir las ventanas recayentes al deslunado, y el único balcón que daba a la calle, para que, con la luz, entraran también los rumores de fuera, haciéndose a sí, menos inquietante su soledad.

Luego, ejecutaba sus quehaceres domésticos cantando a grandes gritos, en medio de un barullo desatinado. Pretendía, de este modo, ahuyentar un poco el miedo pueril que de continuo la tenía sobrecogida.

Su terror se agudizaba cuando por cualquier motivo veíase obligada a entrar en el dormitorio en dónde un año antes muriera su marido.

Figurábase doña Elvira que el muerto habría de aparecérselle, de pronto, destacando en la penumbra del cuarto de una manera sobrenatural y milagrosa. Y este pensamiento la conmovía con tal violencia que, muchas veces, al atravesar por aquella alcoba fatídica había perdido la serenidad y estuvo a punto de caer desplomada.

Esforzábese por apartar de su imaginación la idea tenaz y obsesionante, pero a pesar de todo si se hallaba sola, cualquier ruido leve la ponía nerviosa, desasosegada, trémula, presintiendo la aparición fatal del muerto que surgiría, de fijo, ante ella, con su faz inefablemente lívida, y aquellos ojos suyos tan brillantes, tan negros y profundos, como doña Elvira los viera durante los últimos días que precedieron a su muerte.

A Ricardo causábanle extremado enojo y pesar las aprensiones infantiles de su madre. Procuraba a todo trance tranquilizarla, alejando de su extraviado cerebro tales pensamientos que iban a acabar, sin duda, por hacerla enfermar.

—Pero mamá—la reprendía irritado—eso son supersticiones estúpidas. Los muertos no vuelven. Van al seno de Dios o al lado del diablo. . . ¡pero no vuelven!. . . ¿Tú crees que su misión consiste en gastar esas bromas pesadas de aparecerse de repente en los cuartos oscuros? Es necesario que reflexiones y no pienses más en tales tonterías...